

¿MÍO O NUESTRO?

(DOMINGO XVIII del T.O. Ciclo C)

1 agosto 2004

"En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús: Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia. Él le contestó: Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros? Y dijo a la gente: Guardaos de toda clase de codicia. Porque, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes. Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será? Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios" (Lc 12,13-21)

"Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia". Esta petición nos parece lógica: al fin y al cabo, lo que es de un hermano (por herencia) lo es, a partes iguales, de todos los hermanos. Es tanto como pedir: Dile que me de lo que me corresponde. Repito: son hermanos. ¿Por qué no trasladamos esto a todos nuestros bienes, refiriéndolo a todos los hombres? Dicho de otra manera, ¿por qué nos extraña que se nos pida repartir lo nuestro con los demás? Porque no estamos convencidos de que lo que tenemos no sea nuestro. Pues, aunque nos parezca lo contrario, eso que llamamos nuestro no es nuestro. Por lo menos, a partes iguales, es nuestro y de nuestros hermanos (que son todos los demás).

Nos falla considerarnos hermanos de todos. Y por eso no nos duele la situación en que muchos de ellos se encuentran, mientras nuestros bolsillos están bastante y muy bien repletos. Sin darnos cuenta de que, por lo menos, eso que les falta y nos sobra a nosotros se lo estamos quitando. Les estamos privando de lo suyo, aunque digamos que defendemos lo nuestro.

Y no es cuestión de limosna. Como no es cuestión de tener, en un momento especial, un arranque de generosidad y ser magnánimo y dadivoso con los necesitados. Con toda la razón del mundo, tantos y tantos hermanos nuestros, que se encuentran en verdadera y, en ocasiones, escandalosa necesidad, nos gritan: Reparte conmigo la herencia; dame lo que me corresponde; entrégame lo que es mío.

Hay una frase que siempre me ha impactado (y creo que os la he dicho alguna vez). Es esta: "Quien atesora, roba; y quien no reparte, mata".

Cuando, además, si somos sinceros, estamos acumulando y guardando de manera innecesaria. Primero, porque lo que atesoramos no salva. Es un fundamento falso e inestable para nuestra vida, que necesita otro cimiento. Y, segundo, porque, en realidad, nos sobra y no necesitamos utilizarlo: si nos desprendiéramos de ello, no

lo notaríamos. Hemos montado todo en un "por si acaso", en un "quién sabe el día de mañana", en un "a saber lo que puedo necesitar"... Y, mientras tanto, los demás... que se las arreglen como puedan... y, si no comen, peor para ellos,,, y, si enferman, que otros se preocupen... y, si mueren, pues qué le vamos a hacer... "Necio, esta noche te van a exigir la vida".

La riqueza no se compagina con el convencimiento de un cristiano, ni el atesorar codiciosamente... Porque sabe que, en eso, no está la felicidad. Porque orientar así la vida es tanto como desconfiar del Señor... Porque instalarse en el dinero es recortar el horizonte de la esperanza... Porque retener los bienes de manera egoísta es faltar gravemente a la caridad...

Si entendiéramos un poquito el planteamiento de Jesús de Nazaret, muchos de nuestros armarios se vaciarían inmediatamente, muchas de nuestras cuentas corrientes se anularían, muchos de nuestros bolsillos se abrirían... y muchos de nuestros hermanos lo notarían. ¿Te animas?

Miguel Esparza Fernández